

Presencia de la Cultura y Lengua Alemanas en Chile

Yenny Bieregel y Rolf Müschen

A pesar de que la distancia geográfica entre los territorios de lengua alemana y nuestro país es muy grande, el idioma y la cultura de esas tierras se hicieron presentes muy temprano en la historia de Chile.

El hecho de que encontremos en los comienzos de la historia de este país nombres alemanes, revela, por un lado, iniciativa y esfuerzo de esas personas que salieron a aventurar a tierras lejanas y, por otro, distintos tipos de conflictos sociales y políticos en Alemania misma, los que fueron motivo de que muchos de los hijos de esa tierra, a veces de los más valiosos, salieran a buscar en lejanos lugares una segunda patria, tal vez más acogedora que la que tenían por nacimiento.

Es bien sabido de que hay diseminadas por el mundo colonias alemanas en muchísimos países, como, por ejemplo, en Estados Unidos, en Australia, en naciones de Sudamérica, en Rumania, en Bulgaria, en Rusia.

El problema de estos grupos, sean ellos alemanes o de otra nacionalidad, presenta dos aspectos interesantes, mirado desde el punto de vista de la nación que los cobija. El primer aspecto es positivo, y es el de la convicción de que todo el bagaje cultural y lingüístico y toda la capacidad de trabajo de ellos se volcarán sobre la tierra que los recibe, enriqueciéndola en todo sentido.

El aspecto negativo, que suele ser expresado por los más temerosos, es el de que estos extranjeros no lleguen nunca a ser buenos ciudadanos de esta segunda patria.

Es legítimo pensar que el destino de una inmigración tiene que desarrollarse de manera diferente según las circunstancias raciales, geográficas, políticas, sociales, religiosas y económicas que la condicionen.

Sin embargo, en la mayoría de los casos de los países jóvenes que reciben a inmigrantes de culturas más antiguas, el experimento ha dado resultados positivos.

De la presencia física de los inmigrantes, con sus costumbres y su lengua diferentes a la del país al que llegan, se pasa luego, cuando sus descendientes se integran a la ciudadanía, a una presencia invisible de lo que esos inmigrantes han dejado como herencia.

Creemos que si uno ahonda en este tema puede encontrar en muchos ámbitos de la vida nacional la silenciosa presencia de *lo alemán*.

*

Ya en los tiempos de Pedro de Valdivia encontramos los nombres de los primeros alemanes que pisaron nuestra tierra. Ellos son: Bartholomäus Blumen o Blümlein y Peter Lisberger. Con el tiempo estos nombres se transformaron en Bartolomé Flores y Pedro Lisperguer. El primero era originario de Nuremberg y el segundo de Worms, junto al Rin. Bartolomé Flores ha pasado a la historia como un hombre de iniciativa, de gran espíritu de trabajo y preocupado por el bienestar de las personas que lo rodeaban y servían, fueran ellos españoles o indígenas. Fue el dueño del primer molino que hubo en Santiago, y como uno de los pocos compañeros de Pedro de Valdivia que sabía leer y escribir, llegó a ser concejal de la recién fundada ciudad de Santiago.

Flores llegó a ser dueño de las tierras que hoy constituyen la ciudad de Viña del Mar. En ese tiempo se denominó por esta misma razón ese lugar *La Cuesta del Alemán*. El transformó este sitio en una floreciente viña, y de allí salió el nombre actual de la ciudad.

Pedro Lisperguer, por su parte, era un noble alemán que llegó a Chile al servicio de la corona de España, en el séquito de don García Hurtado de Mendoza, y que llegó a tener el rango de Capitán General. Lisperguer se casó con doña Agueda Flores, hija de don Bartolomé y descendiente por línea materna del cacique de Talagante.

Los ocho hijos que nacieron de este matrimonio tuvieron oportunidad, por su alcurnia y su riqueza, de formar las familias que pasarían a constituir la aristocracia de nuestro naciente país. Descienden de estas familias grandes y conocidas figuras de la historia de Chile, como, por ejemplo, la legendaria Catalina de los Ríos y Lisperguer, llamada *La Quintrala*, y hombres notables, como los presidentes de Chile Manuel y Pedro Montt, Federico Santa María, Federico Errázuriz, la familia Amunátegui Solar y la familia Irarrázaval. Se puede así afirmar que lo más granado de la nobleza de la época de formación de nuestra patria llevaba en sus venas sangre española, alemana y araucana.

*

En remotas épocas de nuestra vida colonial, cuando el país todavía era una región primitiva e inexplorada, se aventuraron hasta aquí dife-

rentes órdenes religiosas, por estimar que en estas latitudes podían realizar tareas de colonización en favor de los habitantes de estas lejanas tierras y también con el fin de evangelizar a los aborígenes.

La orden religiosa que más se destaca en este campo es la de los jesuitas, llegada al país a comienzos del siglo XVIII. Es admirable apreciar con el criterio de hoy la enorme tarea que realizaron desinteresadamente, dentro de la cual la función religiosa no estuvo nunca reñida con la vida intelectual ni siquiera con las más humildes tareas artesanales.

Uno de los más destacados jesuitas fue el padre Carlos Heimhausen, quien llegó a Chile el año 1724. A pesar de estar dedicado en esos años a tareas intelectuales y pedagógicas, como profesor de teología en el Colegio Mayor, captó las necesidades prácticas de nuestro país, que por la enorme distancia con todos los demás centros de cultura carecía de actividades artesanales necesarias para su desarrollo.

Consecuente con esta realidad, y aprovechando un viaje que tuvo que hacer a Roma, estimuló a otros jesuitas y también a legos de la orden para embarcarse en la aventura de efectuar labores de colono.

Fue así como vino con él un numeroso grupo de sacerdotes bávaros que se dedicó, además de sus tareas religiosas, a los más diversos oficios, desconocidos hasta entonces en Chile: a fabricar campanas, a construir relojes, órganos, gran variedad de muebles, y, para el uso religioso, a bordar casullas, hacer altares, esculpir figuras de santos. Algunos de estos objetos se pueden admirar hoy todavía en el museo de la Catedral de Santiago. Ellos se destacan por su extraordinaria belleza y la finura de su realización, las que podrían competir con productos de la técnica moderna.

En el arte de la ebanistería, que era todavía desconocido en nuestro país, estos sacerdotes trataron de hacer escuela. También se distinguieron como los únicos farmacéuticos de la época, cuya función era, además, la de visitar enfermos. Por la importancia de esta labor se hizo una excepción con ellos, cuando llegó la orden de expulsión del Rey de España para toda la misión.

Los jesuitas contribuyeron también a la construcción de obras de ingeniería, como los canales que abastecían de agua a la ciudad de Santiago, y ejercieron la pedagogía.

En los anales históricos destaca el hecho de que estos religiosos llegaban a Chile con gran cantidad de bienes personales, y al abrir sus equipajes aparecían instrumentos musicales y científicos, piezas para armar imprentas, herramientas de toda clase y bibliotecas. De aquí podemos inferir que no hubo campo alguno de la actividad o del saber humano que ellos no abarcasen.

Cabe imaginarse el duro golpe que significó para el progreso de esta colonia el destierro de esta orden religiosa.

Podemos afirmar que estos padres jesuitas dieron a la población chilena, junto con su tarea evangelizadora, el ejemplo y la visión de que la misión del sacerdote es también la de un hombre laborioso, que no rechaza el trabajo material.

A mediados del siglo XIX llegaron a Chile, a petición expresa del Presidente Bulnes, los primeros doce padres capuchinos alemanes, con la misión de cristianizar a los araucanos. Ello parecía como una tarea urgente para aplacar la rebeldía de este pueblo, con el cual era difícil obtener un acercamiento. Esta tarea era, además, de tal magnitud, que no hubo nunca el número de sacerdotes que habría sido necesario cumplirla.

Entre los capuchinos alemanes se destacó el padre Félix de Augusta, quien era doctorado en medicina, excelente músico y, además, especialista en lingüística. Dedicó más de veinte años a estudiar la lengua araucana, y entre sus libros cabe mencionar *LECTURAS ARAUCANAS*, el cual, junto a sus otras obras, contribuyó a hacer comprender a los chilenos la importancia de esta cultura, y que a ellos les cabe la tarea de cuidar esta herencia cultural para que no desaparezca.

Varios de estos padres capuchinos sobresalieron por sus estudios en diferentes campos del saber. Hoy día todavía resuena el nombre de Atanasio de Engelsee, quien se dedicó a la investigación en el campo de la Botánica y de la Entomología, enriqueciendo los museos con especies autóctonas.

También adquirió fama el padre Sebastián Englert, quien realizó una destacada y solitaria tarea religiosa en la Isla de Pascua. Aprovechó su estada allí para estudiar la cultura pascuense, misterio no descifrado por completo, ni siquiera en nuestros días; vertió sus observaciones en su libro *LA TIERRA DE HOTUMATÚA*

Otro padre capuchino dedicado a los estudios de nuestras culturas aborígenes fue Ernesto Wilhelm de Moesbach, autor de *VOZ DE ARAUCO*.

Las obras aquí mencionadas hacen de sus autores destacados estudiosos y precursores en el campo de la lingüística chilena.

Otras órdenes religiosas de origen alemán se han destacado por su labor en el campo de la enseñanza. Generaciones de jóvenes chilenos de ambos sexos se han educado en los colegios que mantienen en Chile las congregaciones del Verbo Divino, de Santa Ursula, las Hermanas Marianas, las de Santa María y muchas otras.

Se distingue la labor pedagógica de estas órdenes por una finalidad social, que las hace extender su acción sin distinciones, tanto a la clase acomodada como a los niños de medios humildes. Por ello es que encontramos en muchos chilenos un respeto por el trabajo, por la disciplina y el esfuerzo, conceptos adquiridos como hábitos de la infancia en las aulas de estos colegios.

Fuera de las aulas encontramos hoy también jóvenes de ambos sexos atraídos por un movimiento de renovación religiosa, que tiene su origen en Schönstatt, pequeña ciudad de Alemania Federal.

*

Nuestro país debe a los alemanes múltiples aportes en el campo específico de la enseñanza, los que comenzaron ya en la época de la colonia con la tarea de las congregaciones religiosas que ya mencionamos, y que continuaron después del movimiento de la Independencia. Durante el siglo pasado y también hoy podemos hablar de una corriente permanente de profesores o científicos alemanes que han venido a ejercer la docencia y a traer ideas nuevas a las aulas de los colegios, liceos y universidades de Chile.

A medida que el Gobierno chileno comenzaba la tarea de fundar establecimientos para la enseñanza primaria y secundaria, se hacía consciente la necesidad de contar con el personal docente idóneo para la magna tarea de alfabetizar y de elevar el nivel cultural de nuestra joven república. Desde un principio se volvieron los ojos hacia Alemania, debido a que ya había en el país hombres de esa nacionalidad que se dedicaban a la enseñanza en distintos campos de la ciencia, y que daban ejemplo a sus alumnos de extraordinaria acuciosidad y esfuerzo en la realización de sus tareas.

Nombres que encabezan esta larga lista de hombres de ciencia, tanto por orden cronológico como por mérito ejemplares, son: Rodolfo Amando Philippi, gran naturalista y pedagogo; Justo Florián Lobeck, profesor de latín y alemán; Guillermo Frick, director del Liceo de Hombres de Valdivia; Francisco Fonck, médico de dotes excepcionales y que, además, fue naturalista y explorador geográfico; Carlos Rudolph, fundador del *Gimnasio Chileno*, establecimiento que desde el año 1884 trató de impartir enseñanza según el modelo de los gimnasios alemanes.

Se difundieron en Chile, desde 1883, los principios sobre los que se basa la enseñanza del Kindergarten de Federico Froebel.

Don Claudio Matte publicó en 1884 un texto para el aprendizaje de las primeras letras, el que emplea medios inductivos y la introducción simultánea de la lectura y la escritura. Estos métodos, que constituyeron en esa época una gran novedad, fueron producto de los exitosos estudios de su autor en el campo de la pedagogía en Alemania.

Importante influjo en la educación de la mujer tuvieron también profesoras venidas de Alemania para reorganizar las Escuelas Normales del país. Se destacaron, entre ellas, Teresa Adametz, quien introdujo la

pedagogía de Herbart en Chile, y creó para ello una escuela de aplicación anexa a la Escuela Normal de Preceptores de Santiago, así como María Weigle de Jenschke, quien fue fundadora de la Escuela Profesional Superior, organizó la Enseñanza Técnica Femenina en el país y fue, además, Visitadora General del Ministerio de Educación.

También en las Escuelas Normales de Preceptores se hicieron sentir los cambios provenientes de la pedagogía alemana. Se reformaron éstas de acuerdo con los nuevos sistemas pedagógicos que habían estudiado Valentín Letelier, Abelardo Núñez y Claudio Matte, en Alemania.

Una de las innovaciones significó reemplazar la memorización por parte del alumno por un sistema inductivo y experimental.

Consecuencia de todas estas innovaciones fue para muchos chilenos la motivación de viajar a Alemania, a estudiar o profundizar los conocimientos en distintos campos de la ciencia, lo que aumentó aún más el intercambio intelectual y cultural con los alemanes.

Este proceso llevó a los educadores y a las autoridades chilenas en educación a la convicción de que faltaba para completar estas reformas un paso fundamental: éste era la creación de un instituto que formara específicamente profesores para la enseñanza secundaria.

Para tomar una decisión al respecto pesaron los informes que desde Alemania enviaron los profesores Valentín Letelier y Claudio Matte, y es así como en 1886 el ministro don Pedro Montt elabora un proyecto de ley que crea la *Escuela Nacional de Profesores Secundarios*.

A pesar de las intranquilidades políticas de aquellos años, se logró financiar el nuevo instituto y contratar en Alemania a los profesores que pasarían a ser los fundadores de su tradición educacional. Tras muchas vicisitudes abrió sus puertas a la primera generación de estudiantes el día 4 de agosto de 1889. Se cumplían precisamente 47 años desde que el sabio polaco Ignacio Domeyko había propuesto públicamente la necesidad de crear un organismo de este tipo.

El instituto comenzó a funcionar con los siguientes profesores: Federico Johow, en Ciencias Naturales; Alfredo Beutell, en Ciencias Físicas; Juan Steffen, en Historia y Geografía; Rodolfo Lenz, en Filología; Federico Hanssen, en Filosofía; Jorge Enrique Schneider, en Pedagogía; y Augusto Tafelmacher, en Matemáticas.

Este grupo de profesores influyó poderosamente en la mentalidad de muchas generaciones de chilenos, y logró con ello realizar una gran obra de progreso, a pesar de las encarnizadas críticas de que fue objeto por parte de diferentes círculos políticos y religiosos. Hubo quien vio un peligro simplemente en el hecho de que estos profesores fueran de nacionalidad o religión diferentes a la nuestra; otros criticaron un aparente exceso de severidad y exigencias frente a sus alumnos. Se llegó a hablar hasta de un embrujamiento alemán.

Estos profesores lograron despertar en muchos de sus discípulos el interés por la ciencia y la investigación, y también por la lengua y la cultura alemanas. Es así como ya en el año 1897 el profesor Pablo Hohl, del Liceo de Ancud, publica el **LIBRO PARA LA ENSEÑANZA DE LA LENGUA ALEMANA**.

El Instituto Pedagógico tuvo, desde un principio, un prestigio que traspasó los límites de nuestra patria: por un lado atrajo a sus aulas a gran cantidad de estudiantes de otros países americanos, y, por otro, formó a profesores chilenos que fueron contratados por otros países del continente para la creación de institutos pedagógicos o para la organización de sistemas educacionales.

Dentro del grupo de los fundadores del Instituto Pedagógico se destacaron, especialmente, Rodolfo Lenz, Federico Johow y J. E. Schneider.

El profesor Lenz fue uno de los primeros en reconocer el valor de las lenguas y culturas autóctonas de Chile, y por ello dedicó gran parte de su vida al estudio de éstas, como puede apreciarse en su monumental **DICCIONARIO ETIMOLÓGICO DE LAS VOCES CHILENAS DERIVADAS DE LENGUAS INDÍGENAS AMERICANAS**.

El Dr. Federico Johow, quien fuera el primer director del Instituto Pedagógico, tenía no sólo una excelente preparación en el ramo de ciencias naturales, sino también sobresalientes calificaciones como humanista y filósofo. Con empeño incansable combinó sus tareas docentes con una gran tarea que se impuso él mismo, cual fue la de investigar a lo largo de toda su vida la fauna y la flora de Chile. De este trabajo, que realizó con gran sacrificio, visitando islas y lugares apartados, surgieron decenas de obras que han enriquecido el campo del conocimiento científico.

El profesor Schneider dedicó sus esfuerzos al ramo de la Metodología y, consecuente con sus conocimientos de Psicología y Educación, vio la necesidad de sus alumnos en cuanto a aplicar sus teorías pedagógicas a la práctica. Este fue el motivo que lo impulsó a fundar el Liceo de Aplicación, el año 1892. Él fue el primer director de esta institución y ese año pudo hacer allí su práctica docente la primera generación de egresados del Pedagógico.

El profesor Schneider fue elegido, además, por la colonia alemana de Santiago, para dirigir el primer Colegio Alemán de esta ciudad.

La opinión pública chilena de fines del siglo pasado expresó unánimemente palabras elogiosas para estos profesores, reconociéndose el hecho de que ellos adquirieron un verdadero aprecio por Chile, y que cumplieron sus tareas, incluso hasta más allá de lo que se les había exigido, creando escuela con sus ideas avanzadas y con sus publicaciones. Esto hizo que en el país tuvieran seguidores dentro de sus disciplinas, y, por otra parte, influyó para que el gobierno contratara nuevos profesos-

res alemanes, después de esta exitosa experiencia. Fue así como se creó una corriente constante de profesores alemanes a Chile, la que continúa hasta nuestros días.

Recordemos los nombres de Pönisch y Pröschle, autores de un texto para la enseñanza de las matemáticas en la escuela secundaria, el que tuvo difusión en todo el país; de Ziegler y Gostling, quienes publicaron un texto de física con el mismo fin anterior. Ambos libros influyeron en la formación intelectual de muchas generaciones de niños chilenos.

Otro hombre que hace honor al prestigio de los profesores alemanes es el profesor Wilhelm Mann, quien llegó a principios de siglo a Chile, para continuar la tarea iniciada por sus predecesores en el Instituto Pedagógico. Fue profesor de Pedagogía, Filosofía y Psicología en dicho Instituto, Rector del Liceo de Aplicación de Hombres, creador del Liceo de Aplicación de Mujeres, fundador de un Laboratorio de Psicología Experimental, posteriormente Director del Instituto Pedagógico y, por último, Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile.

De tiempos más recientes recordamos a profesores como el químico Fernando Oberhauser, el matemático Carlos Grandjot, el filólogo Emilio Goldschmidt y el lingüista Heinz Schulte-Herbrüggen. Al leer estos nombres se despierta más de algún grato recuerdo en muchos de los profesores chilenos actualmente en ejercicio.

Esta vieja tradición alemana en Chile ha sido continuada por los profesores llegados a Chile por intermedio del Servicio Alemán de Intercambio Académico. Ellos cumplen sus tareas en las distintas universidades del país, como por ejemplo en la Universidad Austral de Valdivia y la Universidad Técnica Federico Santa María de Valparaíso.

El enorme influjo, palpable en el campo de las ciencias humanas, abarcó también el campo de las naturales y de las abstractas. La historia de la medicina, de la ingeniería, de la arquitectura, de la química, de la física, de las matemáticas, de la biología, la música, el deporte, arroja un saldo enorme de nombres alemanes, los cuales sería imposible enumerar. Cada una de estas personas ha contribuido, en parte en forma anónima, a elevar el nivel intelectual y cultural de nuestro país. Así tenemos, en el ámbito de los estudios histórico-genealógicos, el ejemplo de la profesora Ingeborg Schwarzenberg de Schmalz, quien está dedicada a investigaciones de este tipo desde hace más de 50 años. Ella es la única mujer que es miembro de número del Instituto Chileno de Genealogía y, además, debido al mérito de sus trabajos sobre el origen de las familias y de la historia de la colonización alemana en Chile, es miembro honorario de seis institutos alemanes de genealogía. En total ha publicado hasta hoy más de 65 fascículos y ensayos de su especialidad, tanto en Chile como en Alemania.

Todos estos profesionales, de los cuales muchos han nacido en Chile, han contribuido a formar nuevas generaciones de estudiosos que gozan de prestigio aun fuera de este país.

Otra consecuencia de la presencia cultural alemana en Chile ha sido el interés de los profesionales chilenos por viajar a Alemania, a estudiar en las fuentes mismas que nutrieron a sus maestros. Es así como contamos, entre nosotros, con innumerables profesionales de distintas ramas del saber, que han renovado nuestras universidades y, en general, la vida nacional, con ideas o principios traídos de las viejas universidades alemanas.

Reflejo de este fenómeno es la intensa preocupación de nuestros intelectuales por la producción científica y literaria alemana.

El campo literario muestra valiosas traducciones, como por ejemplo, las poesías de Rilke, traducidas por el profesor Yolando Pino Saavedra, o profundos estudios monográficos, como los que publicó el profesor Roque Esteban Scarpa sobre Thomas Mann.

Un gran número de científicos y humanistas chilenos y alemanes logró unirse en la Sociedad científica alemana de Santiago, formada a fines del siglo pasado con la finalidad de cultivar todos los campos del saber. Esta sociedad llegó a gozar de fama internacional con la publicación de sus actas de trabajo, en las cuales se incluían los aportes individuales de sus miembros y la discusión científica que sobre estos trabajos se llevaba a cabo en el seno de las reuniones de esta sociedad. Esta institución se mantuvo en actividad hasta 1935.

El aporte alemán a la vida universitaria chilena cristalizó también en la creación de asociaciones estudiantiles al estilo de las del viejo continente, las que se originaron ya en la Edad Media. Estas instituciones persiguen varios fines diferentes: conservar el bilingüismo que sus integrantes traen desde el hogar, exigiendo una práctica constante del idioma alemán; fomentar el intercambio científico entre sus miembros por medio de conferencias que son aportes de los mismos estudiantes en el campo del saber de cada uno; ser hogar para los estudiantes de las regiones lejanas del país y darles un ambiente en que cultiven las virtudes tradicionales de su cultura.

En alemán, el nombre de esta clase de asociaciones es Burschenschaft, e inciden en la vida completa del estudiante, hasta en sus horas de esparcimiento, con música, celebraciones, etc. Existen en el país en todas las grandes ciudades universitarias.

Los profesionales ya titulados conservan la unión espiritual con su centro estudiantil, lo visitan y ello sirve de estímulo viviente para las generaciones nuevas. Los estudiantes santiaguinos de habla alemana se agrupan alrededor de las asociaciones estudiantiles Araucanía y Andinia.

Innovación de estos últimos años ha sido la creación de una institución similar dedicada a las estudiantes del sexo femenino, con los mis-

mos fines que las de varones. Podemos afirmar que esto es un ejemplo de nuestra idiosincrasia chilena, pues en otras partes del mundo existen instituciones de esta clase sólo para varones.

En diferentes manifestaciones de nuestra vida nacional se puede medir la presencia de valores de la cultura alemana entre nosotros.

Como apoyo a esta afirmación vaya el ejemplo de la magnífica conmemoración que, con motivo de celebrarse los doscientos años del nacimiento de Goethe, organizara la Universidad de Chile en 1949. ¿Por qué un aniversario de este gran poeta alemán conmovió de manera tan profunda las conciencias de toda una generación académica? Se necesitaron meses para preparar la presentación de las principales obras dramáticas del poeta, se organizaron veladas para rememorar sus más hermosas poesías, se dictó un ciclo de conferencias destinadas a estudiar los distintos aspectos de su obra. Por último, se escribieron algunos profundos ensayos sobre la personalidad de Goethe y sobre la filosofía contenida en su obra, la que también dio tema para la participación de numeroso público en diversas discusiones filosóficas y mesas redondas.

Todo esto culminó con una solemne ceremonia de clausura en el salón de honor de la Universidad de Chile.

Parece que podemos encontrar la respuesta a la pregunta planteada más arriba: el espíritu de Goethe estaba vivo y todos los que participaron en esta magna conmemoración sentían latir entre ellos los valores de la cultura alemana; se habían sobrepuesto a las bajezas de la política contingente y así lo comprendieron y lo comprenden hoy los académicos chilenos.

La latente preocupación por la cultura alemana y sus valores también cristalizó en un hecho más concreto, cual fue la fundación del Instituto Chileno-Alemán de Cultura, con la tarea de mantener vivas las relaciones culturales entre ambos países, y de fomentar todas aquellas actividades que tendieran a favorecer este intercambio cultural, y, como consecuencia natural, la amistad entre ambos pueblos.

El primer presidente del Instituto fue el eminente educador Juan Gómez Millas.

El activo funcionamiento de la mencionada institución se ha visto favorecido con la cooperación del Instituto Goethe de München, Alemania Federal. La tarea primordial de esta entidad consiste en divulgar a todo nivel la lengua y cultura alemanas. Cumple su cometido comprometiéndose a científicos o artistas y cooperando con toda clase de material para exposiciones. Con su labor ha ganado un lugar de prestigio en el ámbito de la cultura nacional. Como ejemplo podemos mencionar que durante el año 1982 el Instituto realizó 377 presentaciones en todo el país, entre conciertos, exposiciones, concursos, obras de teatro y conferencias.

A raíz de la Guerra del Pacífico pudo comprobar el Gobierno de Chile que su ejército, a pesar de ser vencedor aun en condiciones muy desiguales, adolecía de varios defectos. Hacía falta una modernización en cuanto a sus armas, a su táctica y a sus métodos de instrucción.

En el deseo de corregir estas fallas se volvieron las miradas de los gobernantes hacia el extranjero, donde se podría contratar a los instructores que hacían falta para esta reforma. Se pensó que la tradición del ejército prusiano, con su disciplina y su prestigio, era suficiente garantía de la idoneidad de los oficiales que pudieran ser contratados para venir a Chile.

El primer oficial contratado en Alemania para servir en el ejército chileno fue el capitán Emilio Körner, llegado en 1885. Todavía joven tenía ya una hoja de servicios brillante y había sido compañero de estudios de Paul von Hindenburg, quien posteriormente llegaría a ser General en Jefe de los Ejércitos Alemanes y más tarde Presidente de la República de Weimar.

Körner comenzó su tarea en Chile como profesor de la recién fundada Academia de Guerra y fue Subdirector de la Escuela Militar.

Después de la Revolución de 1891, en la cual Körner participó en contra del Presidente Balmaceda, se lo ascendió a general y fue durante veinte años Jefe del Estado Mayor del Ejército de Chile, la más alta autoridad dentro de esta institución.

En 1895 contrató el gobierno cuarenta oficiales alemanes para el servicio activo, y también para ejercer la docencia en las instituciones militares.

Por otro lado, se envió a trescientos oficiales chilenos, entre ellos a algunos del Estado Mayor, por dos o más años a Alemania, a estudiar allá en instituciones militares o a servir en distintos regimientos.

Es por eso que no puede sorprendernos el hecho de que haya penetrado en nuestro ejército el espíritu alemán, y que su material, su estructuración, su reglamentación y hasta sus uniformes, se hayan parecido por largo tiempo, e incluso conserven hoy día, en la disciplina y atuendos, similitudes con los de la patria de sus instructores.

El general Körner regresó a su patria después de largos años de servicios. Allí lo sorprendió la Primera Guerra Mundial y murió en 1919. Sus compañeros de armas y sus discípulos hicieron traer sus restos a Chile, donde fue enterrado con todos los honores que merecía por su rango y sus méritos, rodeado del cariño de la ciudadanía.

Otros destacados oficiales alemanes que trabajaron por la instrucción dentro de las filas del ejército fueron el Teniente Coronel Erich Herrmann, el Coronel Víctor von Hartrott y el General Hans von Kiesling.

No se puede mencionar la presencia de la cultura alemana en Chile sin hacer recuerdo de la colonización alemana en el sur del país. A pesar de que éste es un hecho de todos conocido, tienden hoy día los que visitan esas hermosas regiones a olvidar el sacrificio y la pujanza de las familias de inmigrantes, que transformaron los bosques impenetrables en graneros y fuentes de riqueza para el país. Esos hombres y esas mujeres se hicieron chilenos con la promesa de amar a su nueva patria y trabajar por ella.

Estos inmigrantes que abandonaron su patria debido a las crisis políticas y sociales por las cuales atravesaba toda Europa, anhelaban poseer un suelo propio y un lugar donde trabajar en paz, para el bienestar de sus hijos y de toda la comunidad. Encontraron su meta en el inmenso territorio del sur de Chile que, por estar tan poco habitado y tan distante de la capital, necesitaba brazos para que los chilenos afirmaran allí su soberanía. De manera que así se dieron las condiciones para que iniciaran su vida, con muy duro sacrificio, estos campesinos que serían los primeros colonos que, personalmente, trabajaran una tierra adquirida con su propio dinero.

Al respecto citaremos una frase de la introducción de la obra LLANQUIHUE 1852-1977, editada en 1977 por la Liga Chileno-Alemana: "La epopeya alemana en el sur de Chile es comparable con la conquista del oeste americano. Ambas gestas, de heroicos y titánicos esfuerzos y supremos sacrificios, incorporaron, finalmente, inmensas extensiones de tierra a la economía del país respectivo, asegurando, de este modo, una soberanía natural e indiscutible sobre los territorios conquistados".

Para formarnos una idea del espíritu que animaba a estos alemanes al comenzar su tarea civilizadora, podemos recordar el juramento redactado por el colono Carlos Anwandter: "Seremos chilenos honrados y laboriosos como el que más lo fuere. Unidos a las filas de nuestros nuevos compatriotas defenderemos nuestro país adoptivo contra toda agresión extranjera con la decisión y la firmeza del hombre que defiende a su patria, a su familia y a sus intereses".

A la actividad del colono, de transformar regiones inhóspitas en sitios habitables para el ser humano, se agregaron muchas otras como apoyo a sus propias tareas. De allí resultaron, andando el tiempo, pequeñas industrias, como los molinos, las cervecerías, la industria maderera, los astilleros, y un comercio tan activo que, con el tiempo, llevó a la creación de bancos regionales.

Fueron naciendo, de esta manera, pequeños pueblos con sencillas construcciones, mucha actividad y un sello evidentemente europeo.

Al crecer estas ciudades aparecieron en ellas diversas instituciones con fines culturales o lucrativos, que representaban una obra civiliza-

dora. Vemos surgir, así, iglesias católicas y luteranas, colegios, hospitales, hogares de ancianos, cuerpos de bomberos, clubes de canto y de deportes.

Son conocidos, por ejemplo, los Colegios Alemanes que existen a lo largo de todo nuestro país, y que han llegado a tener el prestigio de ser instituciones de enseñanza que aportan un buen nivel de conocimiento a sus alumnos. En general, los padres que envían allí a sus hijos esperan que éstos adquieran las virtudes tradicionales que se atribuyen al pueblo alemán, como la disciplina, la honradez y el amor al trabajo. Es así como la mayor parte de los alumnos que se educan hoy en estos colegios no traen de su hogar ningún nexo cultural con Alemania y no tienen antepasados de ese origen.

En general, podemos afirmar que todas las organizaciones fundadas en Chile por alemanes han pasado por un proceso de apertura hasta transformarse en verdaderas instituciones chilenas. Después de servir a un grupo de colonos han llegado a ser instituciones que han fortalecido y mejorado la vida nacional, abiertas a todo el que quiera integrarse a ellas, sin distinción de razas.

La lista de ciudadanos que han luchado para dar vida a estas instituciones es interminable e imposible de completar. Por ello citaremos solamente algunos nombres a modo de ejemplo.

El doctor Cristóbal Martín, nacido en Chiloé, hijo a su vez de un destacado médico alemán radicado en Puerto Montt, fue dentro de su campo una figura señera: hombre de grandes conocimientos, honrado con títulos de varias universidades europeas, sabio y sencillo a la vez, dedicó su vida al ejercicio de la medicina en Concepción, donde fue director del Hospital Alemán durante 45 años, además de trabajar en el Hospital Naval de Talcahuano y ser profesor universitario. Los recuerdos lo describen con la típica estampa del antiguo médico de cabecera, cuya vida entera pertenecía a sus enfermos.

En el campo de la música encontramos a otro hombre que se entregó desinteresadamente a su tarea creadora: Arturo Junge, el fundador del Círculo de Canto, Singkreis, en Santiago. Esta institución se dedicó durante decenios a cultivar la música clásica y también la música y las danzas folklóricas alemanas y chilenas. La calidad y el nivel artístico de este grupo hicieron posible que tuviera destacadas presentaciones en Chile y en diversos países de Europa.

El director de este grupo fue el organizador de semanas de encuentro de distintos clubes alemanes de canto, provenientes de diferentes ciudades del país. Su idea fue dedicarse a la música durante un par de semanas al año, en un lugar alejado del ruido de las grandes ciudades y donde la belleza de la naturaleza exaltara aún más el arte de la música. Ese lugar fue Frutillar. Arturo Junge nunca soñó que su idea, sacada de tradiciones alemanas, fructificaría años más tarde en las Semanas de

Frutillar, institución que deleita todos los años a cientos de amantes de la música y que hoy ha pasado a ser tradición musical de la Universidad de Chile.

Otro nombre que merece mención es el del ciudadano alemán Johannes Haberkorn. Este profesor llegó a Chile en 1935 y en el año 1939 se lo nombró director del Colegio Alemán de Santiago. Fuera de sus méritos como pedagogo y de su gran dedicación a sus tareas en esta institución, se le recuerda como el hombre que tuvo la serenidad y el espíritu equilibrado para guiar los destinos del colegio en esa época de terribles trastornos políticos para Alemania. Su actitud, durante los 35 años que dirigió el colegio, supo evitar los posibles roces en ese lapso que fue difícil para las relaciones chileno-alemanas. Como reconocimiento a sus méritos, el Gobierno de Chile concedió al profesor Haberkorn la ciudadanía chilena por gracia.

* * *

Fuera de los problemas materiales a que se vieron confrontados los colonos, aparecieron dificultades de índole más abstracta y compleja, como son las de la adaptación a una cultura y una lengua que no son propias. La preocupación cotidiana de todos los padres de familia que se hicieron colonizadores y la inquietud por el futuro de sus hijos fueron, además, motivos de incertidumbre para ellos.

De estas situaciones nacieron diferentes obras literarias que describen las vicisitudes, las alegrías y sufrimientos de estas personas. Muchas de estas obras han sido escritas en lengua alemana por los mismos colonos o por sus descendientes. De la larga lista de obras de este género citaremos la novela *VON DER HEIMAT LOSGERISSEN* (Desarraigados de la Patria) de Herta Lenz de Brügger, publicada en el tercer decenio de este siglo; *DAHEIM IST ALLES ANDERS* (En mi tierra todo es distinto) de Ingeborg Wilcke, publicada en 1968; *KAP HOORN, KORDILLEREN, KOLO-NISTEN* (Cabo de Hornos, Cordilleras, Colonos) de Carlos Walz, publicada en 1982. Además de una notable descripción de la vida de los trasplantados, estas obras son himnos que cantan a la incomparable belleza de la tierra chilena y a la generosidad de sus pobladores; representan, además, un esfuerzo para sobreponerse a las experiencias humanas vividas en la segunda patria.

También en obras literarias de conocidos autores chilenos se describe el destino de los colonos alemanes, como, por ejemplo, en *RECUERDOS DEL PASADO*, de Vicente Pérez Rosales; en *EL CRISOL* y *ROBLES BLUME Y CÍA.*, de Fernando Santiván; en *ULLY* y *EL RELOJ CUCÚ*, de Mariano Latorre, y en *DON HELMUT, EL COLONO*, de Carlos Fuenzalida.

Al leer estas obras se puede deducir que las grandes dificultades que tuvieron estos nuevos chilenos fueron de diversa índole, como, por ejemplo, la lucha contra la naturaleza, la dificultad para su integración dentro de la sociedad chilena, los problemas de comunicación debidos a las diferencias lingüísticas y el debilitamiento de su tradición cultural y religiosa.

Debemos recordar que estos colonos eran originarios de un país con una clase media muy definida y muy consciente del papel que ella desempeñaba como clase trabajadora, pero a la vez poseedora de un sólido nivel educacional. Por esto mismo, estos colonos se encontraron en el campo chileno desarraigados, porque no existía allí, dentro del régimen casi colonial del siglo pasado, una clase social equivalente con la que pudieran alternar y entroncarse.

Fue ésta la principal causa de que estos grupos se aferraran más fuertemente a sus costumbres y trataran de conservarlas a toda costa. Para ello se crearon las instituciones culturales de diversa índole, que ya hemos mencionado, y que ellos mantuvieron con esfuerzo personal hasta que éstas se abrieran a todos los chilenos.

Una consecuencia natural de la permanente convivencia de los inmigrantes alemanes con el mundo de habla castellana que los rodeaba fue el contacto diario de las dos lenguas. El alemán de los colonos se desarrolló, a partir del momento en que se alejaron de su patria, en un sentido diferente a la norma que habían aprendido de sus padres. Este alemán de Chile dejó de nutrirse y de renovarse en la fuente viva de su origen, y comenzó a seguir una evolución propia, fuertemente influida por el castellano. Este fenómeno es palpable al escuchar su vocabulario, sus estructuras gramaticales y hasta su entonación.

Esta lengua se conserva hasta hoy con características bastante definidas y todavía poco estudiadas.

A modo de ejemplo, podemos citar vocablos anticuados, que ya no se usan en Alemania, como las palabras *Knabe* —niño— y *Thaler* —peso—; el uso incorrecto de palabras cognadas, las que, a pesar de tener un origen común, tienen en ambas lenguas significados diferentes, como, por ejemplo, *Konferenz* y *Konferenz*, argumento y Argument, competencia y *Kompetenz*; la creación de palabras con una raíz castellana y terminación alemana, que surgen en aquellos casos en que el hablante no encuentra en alemán la palabra exactamente equivalente a la castellana que escucha a menudo, por ejemplo, *cobrieren* y *soplieren*. También se escuchan a cada momento oraciones constituidas por mezcla de las dos lenguas. El hablante construye una oración alemana, pero la palabra portadora del significado más relevante dentro de la oración es castellana. Ejemplos de este fenómeno son las oraciones *gehen wir zur pastelería*

—vamos a la pastelería—, *nach dem Essen haben die Herren einen puro geraucht* —después de comer los señores fumaron un puro.

Mientras menos contacto tenga el grupo de hablantes con el mundo de habla alemana, más exagerada es la creación de expresiones nuevas que reflejan estos fenómenos. Así la lengua usada en lugares apartados en el campo chileno ha llegado a crear expresiones como *und da hat die vaca ne refalada planteart und hat die tranca chocart* —y en eso la vaca pegó una refalada y chocó con la tranca— *die vacken geletschert* —lechar las vacas—. Estos ejemplos fueron recogidos a orillas del lago Llanquihue, y, como se puede apreciar, son mezcla de lengua vulgar de Chile con un alemán familiar.

Los conocimientos lingüísticos de hoy, en que no predomina el aspecto normativo, nos aconsejan no emitir juicios valorativos sobre este tipo de digresión de la norma y esperar a que el tiempo, el número de hablantes y las circunstancias sociológicas determinen la validez de esta variante idiomática.

En todo caso, el afincamiento de estos grupos alemanes en Chile ha tenido otro efecto de importancia, cual es la existencia de gran número de personas bilingües, especialmente en las provincias del sur, pero, además, en Santiago y Valparaíso, ciudades adonde se han trasladado a estudiar o trabajar los descendientes de estas familias. Por razones socio-culturales trataron ellas de que sus hijos conservaran el idioma de sus antepasados, el que seguirían usando en sus estudios y en el campo del trabajo, muchas veces en las industrias o en las casas comerciales creadas por ellos mismos. Es así como encontramos hoy descendientes de estos alemanes en quinta o sexta generación, los que todavía dominan la lengua de sus bisabuelos con bastante soltura.

Este bilingüismo, fomentado por amor a la tradición y con la meta de procurar al descendiente mejores oportunidades de trabajo, redundó, al fin, en un gran beneficio para la comunidad y para el país. Por un lado estas personas bilingües tienen un horizonte mucho más amplio que las usuarias de una sola lengua, y con su visión de una cultura diferente pueden hacer un gran aporte a nuestra cultura nacional. El razonamiento contractivo, aplicado ya sea en el campo de las costumbres, del trabajo, de la moral, del arte o en el mismo campo lingüístico, permite a la persona bilingüe, a menudo, juzgar con más claridad los fenómenos y los problemas que la rodean.

Por esta razón es que hay muchos países en que el bilingüismo se cultiva cuidadosamente, y a los grupos de estas personas se les ayuda con financiamiento para que tengan escuelas, publicaciones, iglesias, e incluso programas de televisión en lengua extranjera.

Durante los últimos cincuenta años ha sido nexos de estos grupos bilingües el semanario chileno-alemán CÓNDROR, que se edita en San-

tiago y el que debe su existencia al ininterrumpido esfuerzo de su editor Claus von Plate.

• • •

Independientemente de aquellos alemanes que llegaron a colonizar tierras según acuerdo con el Gobierno de Chile, vinieron a nuestro país notables intelectuales y naturalistas que lo hicieron por iniciativa personal, solos o integrando expediciones científicas. Los atraía lo desconocido de este continente y querían enriquecer algún campo científico, sin pensar en las posibilidades económicas personales. Ellos estaban en conocimiento de que arriesgaban sus vidas —algunos la perdieron en esta empresa—, pero eso no les hizo perder el entusiasmo por su obra.

El enorme esfuerzo de estos pioneros aportó nuevos conocimientos en los campos de la Geografía, la Cartografía, la Botánica, la Minerología, la Antropología, la Sociología, la Historia y la Lingüística.

Es imposible mencionar aquí los aportes individuales y las condiciones específicas de cada uno de estos científicos, porque la lista sería interminable.

Recordaremos al botánico, geógrafo y físico Thaddaeus Peregrinus Haenke, de quien afirmaba, en 1938, el entonces presidente del Instituto Cultural Germano-Chileno, Miguel Cruchaga: que considerado hoy en Alemania como el más legítimo precursor de Humboldt, escribió en los años 1789-94 una descripción de Chile, la cual, aparte de consideraciones históricas interesantes, es la primera obra que se refiere a las propiedades fertilizantes del salitre chileno.

La obra lleva por título DESCRIPCIÓN DEL REYNO DE CHILE y analiza con acuciosidad la flora, la fauna, la geología, la economía y las costumbres del país, con la ayuda de un novedoso sistema de estadísticas.

No es concebible hacer un estudio serio de Chile colonial sin conocer esta obra. Sin regresar jamás a su patria, falleció su autor en Cochabamba en 1817.

También pisó tierra chilena el poeta alemán Adalbert von Chamisso, autor del conocido cuento PETER SCHLEMIHL (El hombre que vendió su sombra). Viajó como naturalista el año 1815, formando parte de una expedición rusa que dio la vuelta al mundo. Relató sus experiencias en un diario de viaje, en el cual describe en forma muy pintoresca anécdotas de su visita a Concepción y Talcahuano. Sus recuerdos de Chile lo inspiraron para escribir algunas poesías líricas sobre la belleza del país.

Otro viajero alemán fue Eduardo Poeppig, nacido en Sajonia en 1798, y que estudió Medicina en Leipzig. Su interés científico, sin embargo, no se limitó al campo de la Medicina, sino que abarcó todas las ciencias naturales, la Geografía, la Antropología, la Sociología, la Historia y la

Política. El recorrió Chile entre los años 1826 y 1829, y a su regreso a Europa publicó una voluminosa obra con el título de REISE IN CHILE, PERÚ UND AUF DEM AMAZONENSTROME WÄHREND DER JAHRE 1826-29. La parte referente a Chile se ha publicado bajo el título de UN TESTIGO EN LA ALBORADA DE CHILE.

El libro de Poeppig contribuyó grandemente a dar a conocer nuestra tierra en Europa y a describir sus posibilidades futuras en todos los campos de la actividad humana.

Especial mención les cabe a los hermanos Philippi. Bernardo Eunom, quien fue agente de colonización y propulsor de la inmigración alemana a Chile, murió oscuramente después de haber ayudado a afianzar la soberanía chilena en el Canal de Magallanes. Rodulfo Amando, quien tenía una extraordinaria preparación académica, prestó al país grandes servicios en la educación y también en la tarea de la creación del Museo de Historia Natural y de un Jardín Botánico adjunto.

Rodulfo Amando Philippi vivió 53 años en Chile, los cuales dedicó íntegramente al progreso científico del país y a la obra de despertar en los chilenos el cariño por las ciencias naturales.

Sus descendientes han continuado su obra científica, haciéndole honor a su ilustre antepasado.

Entre otros nombres importantes de viajeros alemanes está el de Pablo Treutler, con su libro ANDANZAS DE UN ALEMÁN EN CHILE, del año 1882.

En la misma época, cuando todos estos naturalistas descubrían las maravillosas bellezas naturales de un Chile desconocido, hubo otro alemán que captó la hermosura del paisaje y la espontaneidad del pueblo chileno: el pintor Mauricio Rugendas. Nadie supo como él retener espontáneas escenas de la vida nacional para la posteridad, como, por ejemplo, diferentes batallas de la Independencia, costumbres y tipos campesinos, trajes y paisajes típicos. Sus pinturas se caracterizan por el colorido y por ser escenas vivas llenas de movimiento.

Curiosamente, a pesar de que Poeppig y Rugendas no se conocieron, las frescas escenas que pintó este artista bávaro parecen ser ilustraciones de la obra de Poeppig y se complementan mutuamente.

*

Si puede afirmarse que el campo de la ciencia, de la técnica, de la industria y muchos otros aspectos de la actividad nacional se vieron enriquecidos por la paciente y variada labor de inmigrantes alemanes, también es válida esta afirmación en el campo del arte.

Si se quisiera abarcar este punto en profundidad, habría que dedicar a ello muchas páginas. Por eso nos limitaremos a mencionar algunos

nombres especialmente destacados, a modo de ejemplo, obtenidos de una amplia lista.

En el ámbito de la escultura está la labor de Tótila Albert, conocido en Chile y en el extranjero por la fuerza expresiva de sus obras y su gran afán renovador. Todos conocemos su monumento al poeta J. E. Rodó en sus figuras de Ariel y Calibán, en el parque Providencia.

Es digno de mención también un artista que desarrolló en Chile una actividad novedosa en su momento, Oscar Prager, con su arquitectura de jardines. Su obra máxima fue, por encargo del Presidente Gabriel González Videla, la urbanización, el cuidado del estilo y el trazado de áreas verdes en la remodelación de la ciudad de La Serena.

Este profesional había conquistado prestigio por la extraordinaria hermosura de las áreas verdes que había creado en distintas ciudades, y por los maravillosos parques plantados por él en diversos lugares del sur del país, que lo demostraban como hombre enamorado de la flora autóctona de Chile.

En el campo de la música encontramos dos nombres descollantes: Federico Heinlein y Wilfried Junge. El primero, compositor y crítico musical; el segundo, también compositor y, además, director de orquesta.

El músico Heinlein es oriundo de Alemania, aunque ha pasado la mayor parte de su vida en nuestro país; el maestro Junge, en cambio, es descendiente de alemanes en quinta generación en Chile, y es un buen exponente de los valores positivos que representa la fusión de dos culturas.

En el campo de la actividad teatral también figuran nombres o grupos de actores alemanes. Queremos hacer recuerdo del grupo de teatro *Kammerspiele*, que dio vida en los escenarios chilenos a personajes de la literatura universal. Este grupo se formó en 1950 bajo la dirección de Reinhold K. Olszewski. Su actividad se extendió a lo largo de veinte años y abarcó toda Sudamérica. En total pusieron en escena 120 obras, clásicas y modernas.

También en el ballet encontramos nombres alemanes. Es conocido el nombre de Ernst Uthoff, quien representó en el ámbito de esta actividad una gran renovación. Con él llegó desde Alemania a nosotros el movimiento del ballet expresionista de los años treinta. Junto con otros bailarines de su grupo, contribuyó a situar el ballet chileno en un nivel internacional. Son inolvidables sus coreografías de LA MESA VERDE y CARMINA BURANA.

Todos estos nombres nos prueban que tal vez sea incorrecto hablar de una inmigración poniéndole el apellido de una fecha, debido a que, mientras mejor nos documentamos, mejor comprendemos que la inmigración alemana a Chile ha sido y sigue siendo una corriente permanente y sin fin.

Tal vez han contribuido a ella una cierta afinidad de caracteres, la enorme belleza de la tierra chilena del sur, que para los alemanes se asemeja a la de su país, y también el deseo de los chilenos de compenetrarse de la cultura alemana y de aprender lo que ese país con más años de historia nos puede enseñar.

Este permanente contacto ha hecho que ambos pueblos se conozcan y se compenetren en muchos aspectos. Ello ha llevado a una verdadera amistad, nunca seriamente perturbada por ninguna clase de contingencias.

ABSTRACT

Professor Rolf Müschen emphasizes the *live* presence of the german spirit in Chile, through a historical synthesis as well as a panoramic view of the cultural and ethnic situation of the early german colonists in this country. The author lays particular stress on their contribution to military instruction and to the development of disciplines related to the natural and the social sciences, special importance being given to their work in the field of University teaching and investigation.

Prof Müschen also points out the present interest in germanic studies, and refers to the german academic inprint on a great number of notable chilean professionals.

BIBLIOGRAFÍA

- AUGUSTA, Félix de, *Lecturas Araucanas*. Imp. de la Prefectura Apostólica, Valdivia, 1910, 2ª ed.
- BLANCPAIN, Jean Pierre, *La tradición campesina alemana en Chile*, Boletín de la Academia Chilena de la Historia N° 81, Santiago, 1969.
- BLANCPAIN, Jean Pierre, *Les allemands au Chili*. Böhlau, Köln: Viena, 1974.
- CHAMISSO, Adalbert, *Werke*, Deutsches Verlagshaus Bong und Co., 1907.
- ENGLERT, Sebastián, *La Tierra de Hotumatúa*. Ed. San Francisco, Padre Las Casas, 1948.
- FRÖSHLE, Hartmut, *Die Deutschen in Lateinamerika*. Ed. Horst Erdmann, Tübingen y Basel, 1979.
- GUARDA, Gabriel, O.S.B., *Conjuntos urbanos histórico-arquitectónicos, Valdivia, ss. XVII-XIX*. Ediciones Nueva Universidad, Santiago, 1980.
- GUARDA, Gabriel O.S.B., *Provincia de Osorno, Arquitectura en Madera 1850-1928*. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 1981.
- HAENKE, Thaddaeus Peregrinus, *Descripción del Reyno de Chile*. Nascimento, Santiago, 1942.
- HOHL, Pablo, *Libro para la Enseñanza de la lengua Alemana*. Hume y Co. Librería Inglesa, Santiago, 1903.
- HUNEEUS, Pablo, *Nuestra mentalidad económica*. Fundación de estudios económicos BHC., Santiago, 1979.
- ILG, Karl, *Pioniere*. Ed. Tirolia, Innsbruck, 1976.
- LENZ DE BRÜGGEN, Herta, *Von der Heimat losgerissen*. Ed. Korn, Breslau, 1932.

- LIGA CHILENO-ALEMANA (Editor), *Los Alemanes en Chile en su primer centenario*. Santiago, 1950. *Llanquihue 1852-1977*.
- MAIER, Ernst (Editor), *Deutsche Arbeit in Chile I y II*. Imprenta Universitaria, Santiago, 1910.
- MARTIN, Carl, *Lendeskunde von Chile*. Editorial L. Friederichsen, Hamburg, 1923.
- MARTINIC, Mateo, *Los Alemanes en Magallanes*. Instituto de la Patagonia, Punta Arenas, 1978.
- MOESBACH, Ernesto W. de, *Voz de Arauco*. Imp. San Francisco, Padre Las Casas, 1944.
- PLATE, Claus von, *Christoph Martin*. Ed. Cóndor, Santiago, 1959.
- PLATE, Claus von, *Puro Chile*. Ed. Cóndor, Santiago, 1967.
- POEPPIC, Eduard, *Un testigo en la alborada de Chile*. Zig-Zag, Santiago, 1960.
- SCARPA, Roque Esteban, *Presencia visible e invisible de Alemania en Chile*. Instituto Chileno-Alemán de Cultura, Santiago, 1973.
- SCHWARZENBERG, Ingeborg, *Soziale Herkunft und Entwicklung einiger deutschstämmiger Familien in Chile* en: *Genealogisches Jahrbuch*, Band 5, Neustadt an der Aisch, 1965.
- TREUTLER, Pablo, *Andanzas de un Alemán en Chile, 1851-1863*. Ed. del Pacífico, Stgo., 1958. Traducido del alemán por Carlos Keller.
- WALZ, Carlos, *Kap Hoorn, Kordilleren, Kolonisten*. Editorial Hohenstaufen, Bodensee, 1982.
- WILCKE, Ingeborg, *Daheim ist alles anders*. Editorial K. Thienemann, Stuttgart, 1968.
- WUNDER, Gerd, *Hauptmann Körner und der Bürgerbrief in Chile 1891* en: *Ibero-Amerikanisches Archiv*, Neue Folge Jg.9, H.2., Colloquium Verlag, Berlín, 1983.
- YOUNG, George F.W., *The Germans in Chile*. Center for Migrations Studies, New York, 1974.

* Los abstracts han sido escritos en inglés por el profesor Rodolfo Rojo, del Departamento de Literatura de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación.